

PALABRAS DE PAZ

HUGO PALMA

El nombre de Nobel se asocia con premios de literatura, economía, medicina y también de paz. Pocos conocen que el inventor de la dinamita, temió que su poder destructor pudiera utilizarse en la guerra y ello lo incitó a promover la fraternidad entre naciones, la abolición o reducción de ejércitos y los debates a favor de la paz. No podía imaginar que en apenas medio siglo las armas nucleares, biológicas y químicas serían nuestra cotidiana y ominosa realidad.

En el siglo XX han muerto deliberadamente más seres humanos que en todos los conflictos que conoció antes la humanidad. La intención de matar, dominar y expoliar, se conjugó con exponenciales avances en ciencia y tecnología. ¿Qué lugar ocupa entonces el anhelo de paz?

A esta interrogante respondieron personas e instituciones que en el siglo XX merecieron el premio Nobel de Paz. Debe reconocerse a la Corporación Andina de Fomento y otras entidades, la compilación de veinticuatro discursos de recepción de Premios Nobel. De Ralph Bunche, negociador en Palestina en 1948 a Kofi Annan hoy, nombres ilustres representan la evolución y ampliación de las preocupaciones de paz. Líderes éticos de todas las regiones y luchadores de las más nobles causas aportan vivencias y visiones comprometidas inequívocamente con la paz, aún en medio de los más desgarradores e inhumanos conflictos.

Al presentarla en Lima, Enrique García Presidente de la CAF recordó que sin paz, estabilidad y cooperación, es imposible el desarrollo económico y social. El maestro universitaria José Agustín de la Puente invocó la necesidad de no considerar al otro como un enemigo sino como vecino, compatriota y, esencialmente, semejante. Max Hernández presentó brillantemente las cuestiones centrales del conflicto y de la paz. Siguiendo la interrogante capital planteada por Helmut Dahmer respecto a si las recurrentes matanzas en la historia son una constante antropológica o habrán de tener fin, invoca la urgente reflexión de la que dependerá el destino de la humanidad. ¿Tendremos la voluntad y la sabiduría de evitar la destrucción de la especie?

A esta pregunta respondieron con su quehacer vital Albert Schweitzer, Lester Pearson, Dag Hammarskiöld, Martin Luther King, Adolfo Pérez Esquivel, Óscar Arias, Rigoberta Menchú, Nelson Mandela, Frederick de Klerk, Aung San Suu Kyi, Lech Walesa, Elie Wiesel, el Dalai Lama, la Madre Teresa de Calcuta y otros y con su actuación también lo hicieron las Naciones Unidas, Médicos sin Fronteras y Amnistía Internacional. Ellos lucharon muy duramente, y algunos lo siguen haciendo, por establecer la paz entre los Estados y sociedades, socorrer a los más pobres, proteger los derechos humanos, defender a las mujeres, los niños, los pueblos indígenas, los discapacitados, las minorías étnicas, religiosas o de otro tipo y, en general, a quienes son oprimidos, discriminados, asesinados, en fin, a las grandes mayorías de la humanidad que en la práctica conocida o disimulada no son tratadas como seres humanos.

La preparación para la guerra, invocación permanente y exitosa de una forma de entender el realismo, ha traído más guerra, devastación y sufrimiento. Recurrentemente, dice Hernández, nosotros los idealistas y generosos pretendemos distinguirnos de forma maniquea del enemigo mezquino y destructivo. Cuando lo hacemos también el oprimir, herir y matar se hace más fácil y hasta se pretende legítimo.

Felizmente, las Palabras de Paz de los premios Nobel nos recuerdan que no es esa la manera de protegernos y menos aún de entendernos. Ellos vieron seres humanos donde otros veían siervos, adversarios y enemigos. Comprendieron que las personas son más que su nacionalidad, patrimonio o educación y que en la globalización más que un ideal la paz es requisito indispensable de la supervivencia. Ojalá lo entendamos también, mientras nosotros y nuestros hijos hagamos parte de este mundo.